

EL PESAME

El difunto estaba como todos los difuntos, quietito, sordo a cualquier ruido, indiferente a lo que pasaba en aquel cuarto en semipenumbra. La viuda lloraba, recibía pésames, servía café y echaba miradas furtivas al cajón donde su Ernesto yacía.

Fueron llegando los amigos de Ernesto. El primero en hacerlo fue Gerardo, el más optimista de la peña.

—Buenas noches... Bueno... ¿Qué? ¿Cómo va eso? Nada, mujer... Eso no es nada... Total. ¿Qué? ¿Que se murió? Pues nada, mujer... Al fin y al cabo, a todos nos va a llegar el día... Además, a lo mejor no es nada...

VIUDA.—Cómo no va a ser nada si se ha muerto.

GERARDO.—¿Y no será que está dormidito? Porque estas cosas, vaya usted a saber...

VIUDA.—Lo ha dicho el forense.

GERARDO.—Todos los forenses son iguales... ¡Claro, los forenses que van a decir, como viven de eso!... Son gente triste, y van a lo suyo. Hay que ser optimistas. A lo mejor es una cosa de nada. ¿Han probado ustedes a darle una aspirina? A lo mejor con una aspirina... De momento yo no le he traído corona... le he traído un «long-play» de los Beatles... Bueno, me voy que tengo una boda dentro de un rato. Adiós. Y ya verá cómo no es nada grave.

Después llegó Rolando Coraje, buen tipo, pero con un carácter muy pesimista. Se asomó al cajón y luego se acercó a la viuda.

ROLANDO.—Así que... palmó. Ya lo sabía. Tenía que ser así... Si tenía una cara que no se podía

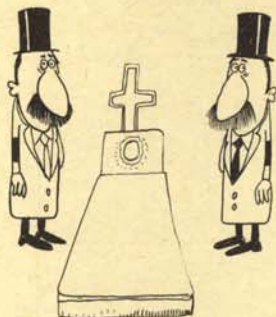
aguantar... Lo que no sé es cómo ha durado tanto... Y esto sí que ya no tiene arreglo. Yo hace tiempo que se lo venía diciendo... Tú palmas, pero vamos, como dos y dos son cuatro... Lo que no sé es cómo ha durado tanto... Y usted tampoco tiene muy buena cara, así que me espero y así mato dos pájaros de un tiro. ¿Hay café?

VIUDA.—Sí.

ROLANDO.—¿Y coñac?

VIUDA.—Sí, creo que sí.

ROLANDO.—Entonces con permiso, me voy a preparar un carajillo; con perdón.



Pepe Monagra, el tímido Pepe, llegó un poco más tarde. Su timidez era siempre motivo de burla entre los amigos de la peña. Se acercó a la viuda.

PEPE.—Hola.

VIUDA.—Hola.

PEPE.—Bueno... este... pues... en fin... Así que... bueno, pues este... en fin... pues este... nada... bueno.

Y como si hubiese estado preparado para contrastar con el tí-

mido Pepe, llegó Manolo Fuentes, charlatán, dicharachero.

MANOLO.—Pero... ¿Cómo ha sido eso? Pero qué barbaridad. Yo cuando me lo dijeron, dije: No puede ser, porque yo le vi... verá usted, fue... ¿Hoy qué día es?

VIUDA.—Sábado.

MANOLO.—Sábado... Bueno, yo le vi el martes hace... ¡Qué digo el martes! El jueves hace quince días, y tenía una cara divina, por cierto, que me contó un chiste buenísimo, el del camello y la enfermera. ¿Lo conoce?

VIUDA.—No.

MANOLO.—Es muy gracioso... Es un camello... que... (SE RIE). Claro que mejor no lo cuento, porque usted no estará para chistes... Pues ya le digo, estuvimos tomando café, y tenía una cara buenísima, gordito... Porque malo, malo, lo que se dice malo, en el año cuarenta y dos, cuando tuvo aquella cosa... ¿Se acuerda...? Ahí sí que dije yo... De ahí no pasa, pero ahora... Y es que claro, estas cosas, cuando menos se esperan... ¡Zas! Bueno, usted me va a perdonar, pero tengo que hacer una de cosas... ¡Qué barbaridad! Bueno, pues nada, le acompaño en el sentimiento... ¡No somos nadie!

Ramón, el amigo de Ernesto, entró sin buenas tardes ni nada. Llegó hasta la viuda y dio su pésame. Ramón estaba empleado en Telégrafos.

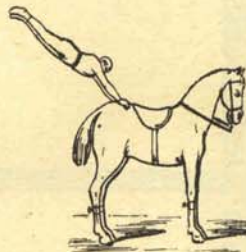
RAMON.—Entereme fallecimiento Ernesto. Stop. Laméntolo acompañala sentimiento. Stop. Abrazos Lorenzo. Stop.

Después siguió llegando gente; pero yo había salido y no pude estar allí.

GILA

VALE MAS MAÑA QUE FUERZA

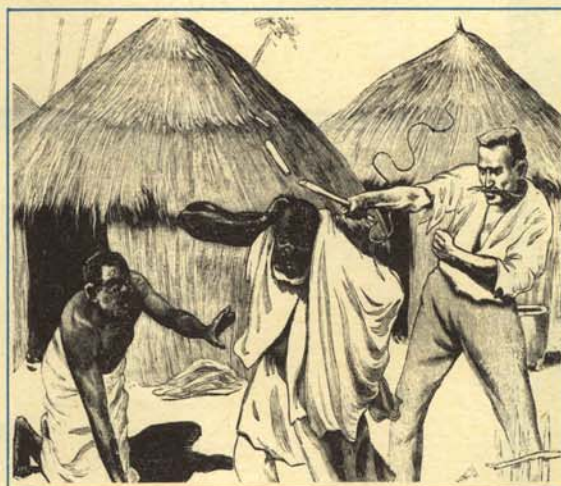
En efecto, así es. Véase con qué facilidad puede usted convertirse en centauro, caso de que no le satisfaga la situación pseudohumana en que usted se encuentra actualmente.



EL ARCHIVO DE DON CLAUDIO



—Ahora que le han subido el salario mínimo a su difunto marido, ya podrá usted quitarse el luto, ¿no?



—¡Toma! Para que te las vayas dando de indio sioux.

